

proceder enérgico. Al efecto, en 12 de abril llegó delante de Francfort con un ejército de 14.000 hombres, después de haber exigido y obtenido del comandante de Kustrin el paso por tierra y por el río para sus tropas y la entrega de provisiones. Al día siguiente la ciudad fué tomada por asalto, y la guarnición imperial, compuesta de 4 á 6.000 hombres, tuvo 1.700 muertos, entre ellos el coronel maestre de artillería Schaumburg, y 1.000 prisioneros, entre ellos gran número de oficiales superiores. Irritado por el terrible saqueo de Nueva Brandeburgo, el rey de Suecia, quebrantando la severa disciplina de sus tropas, permitió á sus soldados que saquearan la desdichada ciudad. Tilly, para libertar á Francfort, avanzó hasta el territorio de Brandeburgo, pero cuando supo que la ciudad había sido ya tomada detúvose entre Brandeburgo y Berlin, y después de haber permanecido algunos días allí sin hacer nada, regresó prontamente á Magdeburgo. Gustavo Adolfo, mientras, dirigióse á marchas forzadas sobre Landsberg de Warthe y se apoderó también de ella.

Las noticias de estos nuevos grandes triunfos conseguidos por el antes tan menospreciado «rey de la nieve» causaron entre los partidarios del emperador tremenda impresión, que se comunicó también al ejército en campaña y cuyos efectos inmediatos dejáronse sentir hasta en los territorios hereditarios imperiales, comenzándose á temer entonces que fueran atacados por los suecos, y siendo muchas las personas ilustres de Praga que empaquetaron sus tesoros para ponerse con ellos á salvo en el caso de que Gustavo Adolfo cayera repentinamente sobre la ciudad. En cambio la impresión contraria no se dejaba sentir entre los príncipes protestantes, antes bien en aquellos días mismos en que Gustavo Adolfo lograba estos nuevos triunfos tan importantes para la causa del protestantismo alemán, todos los protestantes reunidos en Leipzig adoptaban algunos acuerdos que de nuevo dilataban indefinidamente la realización de las esperanzas del rey de Suecia.

En febrero de 1631 habíase reunido en Leipzig la asamblea de protestantes convocada por el elector Juan Jorge por instigación del mariscal Arnim; pero los términos en que estaba concebida la convocatoria ya indicaban sobradamente que no se adoptarían allí viriles y trascendentales acuerdos, puesto que en ella se decía que el objeto de la asamblea era «hablar en confianza amistosa de la manera de promover buenos tratados con los católicos.» El tema principal de las discusiones habían de ser los agravios religiosos, es decir, en primer término el edicto de restitución. De suerte que en vez de fundar, como Arnim había propuesto, un partido de neutralidad armada entre el emperador y el rey de Suecia, que quizás procediendo enérgicamente hubiera podido traer una paz nacional sin intervención extranjera, se hacía una nueva y débil tentativa para conseguir, mediante amistosas negociaciones, que se revocara ó suavizara el edicto de restitución. Por este camino, sin embargo, no había que esperar éxito alguno. Y por si todo esto no fuera bastante, Juan Jorge manifestó en la sesión inaugural de 20 de febrero que era preciso que todos se mantuvieran adictos y sumisos al emperador. A este tono se ajustaron los debates que durante cerca de dos meses se sostuvieron en aquella asamblea cuya principal misión parecía ser la de pasar el tiempo en banquetes y orgías. Los únicos príncipes que á ella habían asistido con el propósito formal de que se tomaran resoluciones enérgicas, es decir, el landgrave Guillermo de Hesse y el duque Bernardo de Weimar, que solo contaba veintisiete años, se separaron muy pronto de la asamblea sumamente descontentos, porque comprendieron que por el camino que se seguía poco ó nada podría conseguirse. Los reunidos en

Leipzig hubieron de ver, sin embargo, que harían un papel demasiado ridículo si de aquella «asamblea de protestantes» no salía algo más que un nuevo memorial elevado al emperador en súplica de que revocara el edicto de restitución, memorial que de antemano se sabía que no había de dar resultado alguno. Los círculos católicos del Imperio comenzaban ya á burlarse de aquella parodia de asamblea, con motivo de la cual publicáronse en un libelo católico unos versos satíricos que traducidos literalmente dicen:

«¡Ay! Los pobres perritos luteranos celebran en Leipzig una asamblea.  
¿Quién ha asistido á ella?  
Un principito y medio.  
¿Qué se proponen conseguir?  
Una pequeña guerrecita.  
¿Quién les dirigirá?  
El reyecito sueco.  
¿Quién facilitará dinero?  
El cazadorcito sajón.  
¿Quién se alegrará de ello?  
El principito del Palatinado.  
¿Qué le importa á este?  
Le importa por su nidito de Heidelberg.»

Los congregados no quisieron que la asamblea terminase de una manera tan deplorable y reconocieron la necesidad de redactar una constitución militar, acordando el número de soldados que en caso necesario cada uno debía poner en pie de guerra. Brandeburgo ofreció 5.000 y los demás Estados la duodécima parte del contingente de la matrícula. Juan Jorge brindóse á presentar 11.000 hombres y prometió acudir en auxilio de los que profesaban la confesión de Augsburgo cuando se vieran vejados, pero no se olvidó de añadir que quería permanecer sumiso al emperador. En suma, nada de realizar aquel atrevido pensamiento de formar un tercer partido independiente entre el emperador y el rey de Suecia; nada de concertar una alianza sólidamente organizada, y mucho menos nada de aliarse con Suecia. Únicamente algunos convenios vagos y no establecidos para un caso concreto de guerra, que no habían de ejercer influencia alguna en el curso ulterior de los acontecimientos. Tal fué el lamentable resultado de la asamblea cuyas tareas terminaron el día 12 de abril, ó sea el día antes de la toma de Francfort por Gustavo Adolfo.

¡Cuán difícil fué entonces la situación creada al rey de Suecia por esta actitud pusilánime de aquellos con cuya ayuda debía en primer término contar! Magdeburgo, sitiada ya en regla por Tilly y Pappenheim, pedía cada vez con más urgencia socorros que la sacaran de la apurada situación en que se encontraba; pero ¿podía Gustavo Adolfo acudir á ese llamamiento sin tener guardadas las espaldas? De hacerlo así se exponía á los mayores peligros porque el ejército de que podía disponer, después de dejar en Mecklenburgo y Pomerania las tropas de ocupación absolutamente indispensables, no era ni con mucho tan numeroso como los de Tilly y Pappenheim reunidos. Si quería intentar la liberación de aquella plaza, érale preciso apoderarse no solo de las fortalezas brandeburguesas de Kustrin y Spandau, que eran de importancia decisiva puesto que cubrían la retirada, sino también de los pasos del Elba situados en territorio del electorado de Sajonia. Necesitaba, por lo mismo, apelar á todos los recursos para llegar por lo menos á un acuerdo con el elector de Brandeburgo. Al efecto pidió que le fueran cedidas Kustrin y Spandau, y en vista de las dificultades que se le opusieron avanzó con su ejército hasta Berlin, y después de largas negociaciones entre los dos plenipotenciarios consiguió por fin en 13 de mayo lo que deseaba, no sin haber tenido

que celebrar personalmente una entrevista con el elector y sin que para ello tuviera que apelar á la amenaza de que en caso de negarse Jorge Guillermo á entrar en la «conjunción total» lo trataría como enemigo. Gustavo Adolfo trató de conseguir lo propio del elector de Sajonia; pero este, en cuya corte el consejero imperial Hegenmuller trabajó con empeño en contra de las pretensiones del monarca sueco, vaciló mucho antes de dar una contestación, y cuando al fin recibió Gustavo la respuesta negativa fechada en 20 de mayo, la terrible suerte de Magdeburgo estaba ya consumada, pudiendo el rey de Suecia decir con razón á Juan Jorge que la

culpa de la pérdida de aquella plaza no era de él, sino de los electores.

La desdichada ciudad de Magdeburgo pagó, en efecto, bien cara la conducta de los electores protestantes que impidió que fuera á tiempo libertada. Desde principios de abril tenía la sitiada Tilly y Pappenheim, y aunque Falkenberg con la guarnición compuesta apenas de 3.000 hombres se defendió heroicamente contra fuerzas diez veces superiores á las suyas, todas las fortificaciones exteriores, penosamente construidas por él en la orilla derecha del Elba, cayeron una tras otra en poder de los sitiadores, quienes por último



1. Soll ihm das Heyrat gut geben.
2. Straßburg die Morgen gab darlegen.
3. Wirdt Dürrenberg die Hochzeit halten.
4. Augspurg vnd Regenspurg als Brautführer halten.
5. König in Schweden Ehrbatter sein.

6. Schenck Württemberg den Wein.
7. All vnghehorsame Stadt zusammen /  
Folgen der Braut in Gottes namen.  
Da wirdt bey dieser Hochzeit eben /  
Gantz schön blutfarbe Kränzel aufgeben.

Facsimile de una estampa satírica que representa la toma de Magdeburgo por Tilly

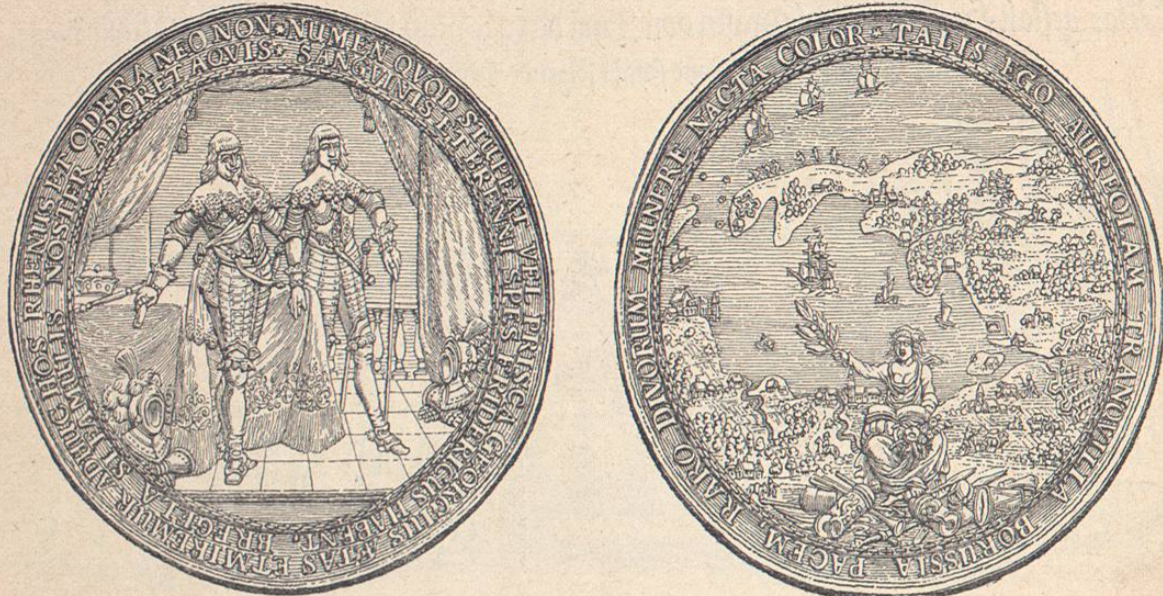
se apoderaron de los atrincheramientos extraordinariamente fortificados. El cerco era cada vez más estrecho y Falkenberg hubo de resolverse á incendiar los arrabales y á limitarse á la defensa de la ciudad propiamente dicha, cuyos defensores no se desanimaron un momento esperando cada día que el rey de Suecia acudiría á libertarlos. El día 14 de mayo todavía fracasaron ante la vigorosa resistencia de los valientes magdeburgueses las negociaciones intentadas por Tilly, el cual comenzó el día 17 el bombardeo de la ciudad. Está, sin embargo, no se rindió á esta nueva prueba, y casi parecía que los sitiadores se verían obligados á retirarse sin conseguir su intento. En efecto, Gustavo Adolfo había avanzado hasta Postdam y al tener noticia de ello parece que Tilly pensó por un instante en levantar el sitio; pero al fin se resolvió á emplear todas sus fuerzas para acabar de una vez con aquella situación antes de que llegasen las tropas suecas. El día 18 de mayo envió á la ciudad el *ultimátum*, en el cual se le decía que eligiera entre la rendición y el asalto: sobre esto se discutió en Magdeburgo durante el día 19, y en la mañana del 20 el Consejo debía celebrar nueva sesión para adoptar un acuerdo definitivo. Tilly, sin embargo, no quiso esperar el resultado de aquella reunión, y antes de recibir la respuesta á

su *ultimátum* y estando como estaba exactamente enterado, por personas que mantenían traidoras relaciones con él, de cuanto en la ciudad ocurría, decidió en un consejo de guerra celebrado el 19 dar el asalto general á la mañana siguiente. En la madrugada del 20 el Consejo estaba deliberando cuando entró precipitadamente en el salón de sesiones un mensajero con la noticia de que el enemigo avanzaba por todos lados. Falkenberg, que quería excitar á los sitiados á que se resistieran hasta el último momento y que en su ronda de la noche anterior había visto que todo estaba en orden en las murallas, prosiguió sin alterarse su fogoso discurso con el cual intentaba convencer al Consejo á que acordara la resistencia á todo trance. De pronto la torre de la iglesia de San Juan tocó á rebato e izó la bandera blanca: el enemigo había logrado entrar en la ciudad. A las cinco de la mañana, hora en que, como de costumbre, una parte de la guarnición había abandonado sus puestos, los imperiales, que mandados por Pappenheim habían salido de Neustadt y acercándose cautelosamente hasta el pie de la muralla, penetraron en la ciudad por un portillo practicado en el muro cerca de la puerta del Cañón. No se sabe con seguridad si algún traidor les ayudó en su empresa; pero lo cierto es que cuando Falkenberg



montó precipitadamente á caballo para acudir al sitio de peligro, el enemigo estaba ya dentro de Magdeburgo. Sin embargo de esto, consiguió por un momento rechazarlos; pero en el combate que luego se trabó cerca de las murallas cayó mortalmente herido por una bala enemiga, lo cual no impidió que los defensores de la ciudad continuaran luchando valerosa y desesperadamente y disputando palmo á palmo el terreno á los invasores. Durante aquella horrible lucha por las calles parece ser que fué cuando Pappenheim mandó incendiar algunas casas con el objeto de que los habitantes aterrizados abandonasen el combate para acudir á apagar el incendio. Poco rato despues aparecieron simultáneamente

envueltos en llamas distintos puntos de la ciudad, aunque este incendio no tenia, al parecer, conexión alguna con el ordenado por Pappenheim. El fuego y el horrible saqueo á que se entregaron los soldados irritados por tan largo sitio convirtieron á Magdeburgo en un monton de ruinas. Son tan contradictorios los datos de la época sobre este punto, que no se ha podido poner en claro cómo se produjo aquel incendio que poco á poco invadió y destruyó la ciudad. Los imperiales pusieron gran empeño, despues del siniestro, en rechazar toda responsabilidad para su ejército y los jefes de este, y en realidad se hace difícil creer que Tilly diera orden de destruir Magdeburgo, pues lo que principalmente le inte-



Medalla del elector Jorge Guillermo, con su hijo el príncipe electoral, que después fué el Gran Elector. Plata. Tamaño original. (Real Monetario de Berlin)

Anverso: inscripción en mayúsculas en dos círculos concéntricos: *Namen quod stupeat vel prisca Georgius aetas sanguinis et Brenni spes Fridericus habent, et miremur adhuc hos Rhemus et Odera nec non Bragela si famulis noster adoret aquis.* En el campo el elector y el príncipe electoral, armados, en un patio abierto y delante de una mesa. Reverso: *Talis ego aureolam tranquilla Borussia pacem raro divorum munere nacta color.* En el campo: reproducción en forma de mapa de una parte de la Prusia oriental, el *Frisches Haff*, con Königsberg y otras ciudades. En la parte inferior la diosa de la paz sentada sobre un monton de armas: en un cañon la cifra 1639; en otro S. D., nombre del grabador del sello S. Dadler.

resaba era ocupar aquella fortaleza del Elba que tenia extraordinaria importancia, y por ende mejor conseguia su objeto estratégico si lograba apoderarse de la ciudad sin destruirla. Lo mas probable es que los soldados de Pappenheim, enardecidos por la pelea, del mismo modo que al principio habian producido algunos incendios aislados acabaran por prender fuego en mayores proporciones en varios sitios: dado el carácter de la soldadesca de aquella época, se explicaria que así se hiciera aun sin mandatos superiores. Pero tambien es verosímil otra explicación que se dió á raíz de la catástrofe, á saber, que el comandante sueco de Magdeburgo, Dietrich Falkenberg, que era únicamente un bravo militar y que solo á consideraciones militares atendia, habia dado orden, de acuerdo con el partido radical protestante magdeburgués, de que en caso de que el enemigo entrara victorioso en la ciudad antes se prendiera fuego á esta que consentir que cayera intacta en poder de los imperiales. Segun esta explicación, Magdeburgo habria hecho entonces lo que tiempos despues hizo Moscou. Pero sean cuales fueren las causas de aquella terrible catástrofe, la importancia de esta resulta siempre ser la misma: aquella soberbia ciudad, el principal baluarte del protestantismo en Alemania, quedó convertida en un monton de escombros; cuando se extinguió el incendio, solo permanecian en pié la catedral, la iglesia de Nuestra Señora y algu-

nas miserables cabañas de pescadores como restos de la poderosa Magdeburgo. En cuanto á las pérdidas de vidas, segun parece sucumbieron 30.000 hombres en aquella jornada.

La victoria de los imperiales produjo gran regocijo entre los católicos, los cuales cantaban en son de burla:

«Hace algunos años la orgullosa doncella  
negóse á bailar con el emperador;  
hoy baila con el antiguo siervo:  
bien le está á la orgullosa doncellita.»

En cambio esa horrible destruccion de la antigua ciudad soberbia aterró é indignó á los protestantes, quienes, entonces mas que nunca, miraron á Gustavo Adolfo como el único que aun podia salvarles de la aflijida situación en que se encontraban.

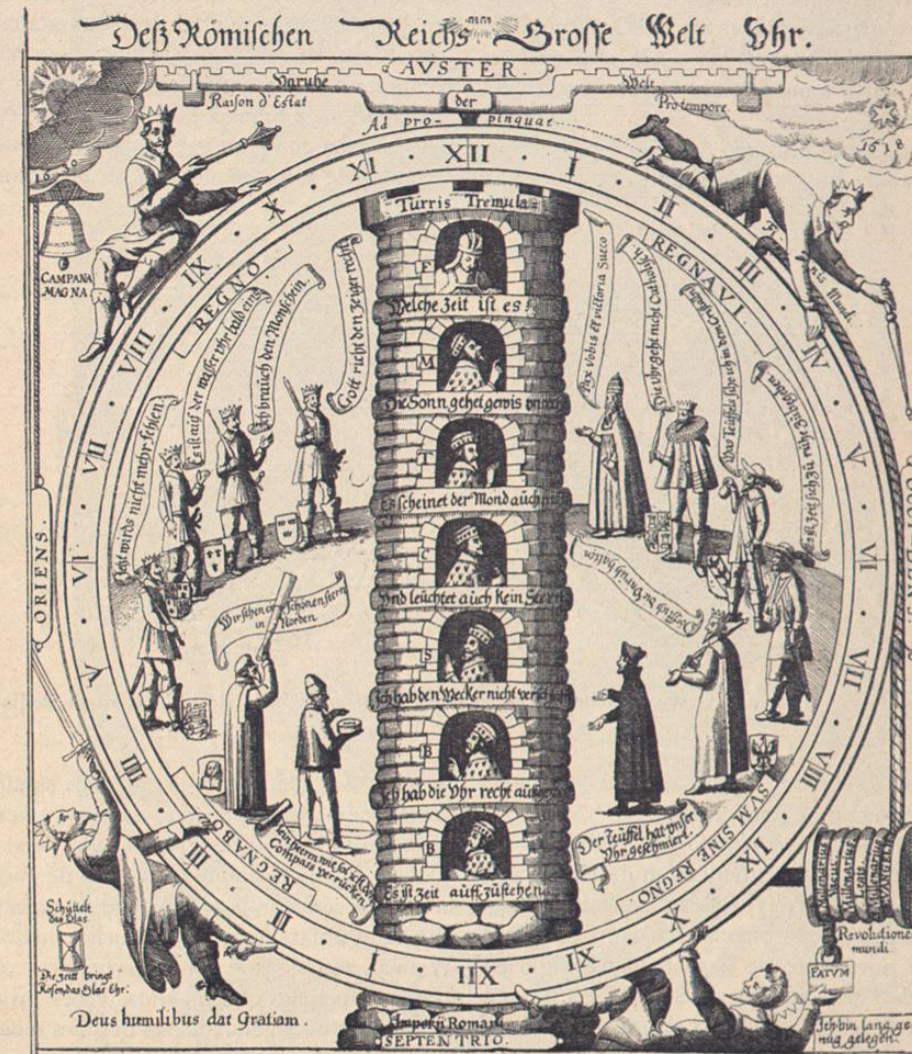
La cuestion estribaba en ver si los príncipes protestantes se decidirian al fin á cumplir con su deber, un deber tan sencillo como era el de atender á su propia conservación.

#### ALIANZA CON BRANDEBURGO Y SAJONIA

No es de extrañar que entre los protestantes, que ya comenzaban á mirar, especialmente las masas populares, á Gustavo Adolfo como á su salvador, se le dirigieran amar-

gas censuras por haber permitido que casi á su vista fuera asaltada y convertida en un monton de ruinas la ciudad de Magdeburgo, el antiguo baluarte del protestantismo. Tales censuras le obligaron á publicar una «apología» de sí mismo, sincerándose de tal acusación y atribuyendo la culpa de la desastrosa suerte de aquella ciudad á los electores de Brandeburgo y de Sajonia, que con sus vacilaciones le habian impedido acudir á libertar á Magdeburgo. Es indudable que en esto la razón estaba completamente de su parte,

pues sus mismos adversarios imperialistas han confesado que hubiera sido una temeridad y una ligereza, desde el punto de vista estratégico, pasar el Elba para hacer levantar el sitio de aquella plaza sin antes haberse asegurado perfectamente de la actitud de los dos electores. Inmediatamente despues de rendida la ciudad demostróse cuán conveniente y necesaria habia sido su prudencia. Jorge Guillermo apremió en seguida á Gustavo Adolfo para que evacuara las plazas de Spandau y Kustrin, que habian sido puestas á su dis-



Facsimile reducido de una estampa política de 1630

posición y que solo debía ocupar hasta que se resolviera la cuestion de Magdeburgo, segun se habia pactado en el convenio concertado en mayo. Era, pues, preciso reanudar entonces las pesadas negociaciones de antes, con la circunstancia de que la toma de aquella ciudad habia aumentado los temores y las vacilaciones del elector. ¡Qué hubiera podido esperar de Brandeburgo Gustavo Adolfo si al intentar la liberación de Magdeburgo hubiese sufrido una derrota! En realidad de verdad, el rey de Suecia no podia hacer otra cosa que lo que hizo.

Su situación empeoró naturalmente con la toma de la citada plaza y hubiera sido verdaderamente comprometida, dado lo indeciso de sus relaciones con Brandeburgo, si Tilly, aprovechándose de su victoria, se hubiese dirigido con todas sus fuerzas contra el ejército relativamente pequeño de Gustavo Adolfo, que distaba mucho de igualarse en número al imperial-liguista. Pero este ataque, que el rey de Suecia tenia por seguro, no se realizó, pues Tilly, sea por su avanzada edad, sea por el inconsciente temor que la superioridad

militar de Gustavo Adolfo le infundia, no demostró en aquella ocasión la actividad y la energía de que tantas pruebas tenia dadas en otro tiempo. Las cartas que despues de su victoria en Magdeburgo escribió al elector de Baviera respiran tanto temor que mas que del vencedor parecen obra del vencido. Ni por asomo se le ocurrió la idea de que podia emprender un gran ataque contra los suecos; antes al contrario afirmaba en tono de amarga lamentación que por falta de víveres no podria sostenerse en Magdeburgo y decia al elector Maximiliano que lo mejor seria dirigirse contra el Hesse protestante y la Turingia. A pesar de que el emperador habia aumentado considerablemente su ejército con tropas procedentes de los Países Bajos y aun de Italia cuando terminó la guerra de sucesión en Mantua, Tilly no se resolvió á hacer una enérgica campaña, desesperando á Pappenheim con sus vacilaciones y su inactividad. En vez de avanzar directamente contra el enemigo, lo que hizo fué dejar en Magdeburgo un cuerpo de 6.000 hombres al mando de Wolf de Mansfeld y encaminarse hácia el Weser con in-